

No dijo pocas herejías, aquella noche, la boca de Morisqueta.

Su paisano procuraba calmarle. Y remató sus consejos filosóficamente:

- ¿Sabes por qué te sucede ésto?
- ¿Por qué? — interrogó Paquito, anheloso.
- Porque no sabes de letra.

III

Dos días después, menos aún, el lunes por la mañana, Paquito vió entrar a Don Alberto, alegre como siempre, con su americana bien cepillada, la pechera blanca y el cuello alto como el de los señoritos.

Se acercó. Olfía a rosas, como una señorita elegante. Paquito le abordó valientemente.

—¿Usted es un mal hombre! Sí señor, lo dicho.

Y temblaba de ira.

—¿Qué te ocurre? Habla, ¡estúpido!

—Me ocurre que usted no tiene ni pizca de vergüenza, ni de corazón. Me ocurre que usted ha insultado a mis padres.

Los otros dependientes se agolparon a su alrededor para reír, como lo hacían siempre que Don Alberto hablaba con él.

—Cretino, ¿qué es lo que dices?

—Eso y nada más. Que usted es un granuja, aquí y en al calle.

—¡Retírate!

—Que nó! Que usted va a escribir a mis padres y a pedirles perdón.

Don Alberto se echó a reír, y con él los demás dependientes.

—No hay que reír! No es cosa de broma; — gritó Paquito, irritado.

—Anda, imbécil. Basta ya!

—Que nó. Que va usted a escribir y a pedir perdón por la marranada.

Alberto le empujó violentamente, acompañando la acción con una andanada de insultos.

—Fuera, estúpido! animal; idiota; Vosotros sois los que deshonráis a España.

Paquito le contemplaba mudo.

Luego habló tímidamente.

—Le ruego, Don Alberto, que pida perdón a mis padres, que yo respeto muchísimo.

—Anda a...

Y dijo una palabra del país, aquello de la madre, que Paquito había oído muchas veces en la calle, cuando salía de paseo, extrañándose mucho que se dijeran eso y no se pegaran al instante.

—¿Qué ha dicho usted! — exclamó Paquito en un grito de ira y horror.

—Eso, lo que dije.

Rápido, con un salto de pantera, cayó Paquito sobre Don Alberto y abrazados, estrechados, dieron algunas vueltas detrás de unos pilones de ropa, agitando ambos los brazos y pegándose.

Cuando un dependiente se arrojaba sobre ellos, Don Alberto caía pesadamente. Entonces, con espanto, pudieron ver los circunstantes que Paquito apretaba, en su diestra una hoja de acero.

Don Alberto forcejeaba, en el suelo, por levantarse. Se retorcia lanzando sordos gemidos, contrayendo la boca, desmesuradamente abiertos los ojos.

Paquito le contempló un instante, friamente. Vió el rostro descompuesto de su adversario, la boca contraída en horrible mueca, los ojos sumisos, implorantes.

Luego, inclinándose hacia Don Alberto, como para

que nadie le oyera le dijo con voz segura:

—¡Redió! — Vaya una cara! Ahora te cuadra a tí el mote de Morisqueta.

Y volviéndose a los otros:

—Mi madre es muy honrada, más honrada que la virgen, pa que lo sepan ustedes, y éste la ha insultado.

Y uno de los dependientes, uno que tenía el cabello blanco, fuese hacia Paquito y le estrechó la mano.

Leonardo A. BAZZANO



La Sociedad de las Naciones

Opiniones de Unamuno y Posada

La Revista Quincenal, de Barcelona, invitó a cierto número de personalidades eminentes en la Iglesia, la Política y las Letras a que contestaran en sus páginas las siguientes preguntas.

1.º ¿Cree usted realizable después del actual conflicto — siquiera en sus aspiraciones más inmediatas — esa "Sociedad de las naciones" cuya idea es actualmente patrocinada por S. S. el Papa Benedicto XV y el Presidente Wilson, y discutida apasionadamente por todos los pueblos en guerra?

2.º El interés supremo de España ¿la obliga acaso a desinteresarse de este problema? Su misión de nación neutral — la primera de ellas — amiga de todos los países beligerantes, ¿no la designa a los ojos del mundo para constituirse en defensora y propagandista de esa idea?

De las numerosas contestaciones que dicha revista lleva publicadas, insertamos a continuación las de Unamuno y Posada, de gran interés en estos momentos en que tanto se agita la importante cuestión.

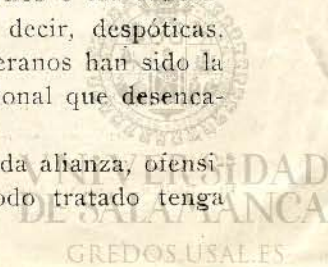
De MIGUEL DE UNAMUNO

Catedrático de la Universidad de Salamanca

La "Sociedad de las naciones", propuesta y predicada por el actual presidente de la gran República de la Unión Norteamericana, que es la democracia civil mayor del mundo de hoy, sólo será posible a condición de que sea una sociedad de las naciones y no de los Gobiernos y menos de los soberanos. Habrá de ser todo lo contrario que fué la Santa Alianza después de la caída de Napoleón y de lo que han sido los pactos de familias reinantes.

Es decir que no cabrá el que se fraguen tratados secretos entre los Gobiernos o los soberanos. Las alianzas secretas, es decir, despóticas, entre jefes de Gobiernos y soberanos han sido la fuente de la injusticia internacional que desencadena las guerras

Desde el momento en que toda alianza, ofensiva o defensiva, todo pacto, todo tratado tenga



que ser público, la sociedad de las naciones se hará necesaria.

Para que ella subsista hay que quitar a los soberanos la facultad de declarar la guerra y la paz. Y si las declaraciones de guerra hubieran de ser previamente discutidas en público, las guerras casi se acabarían. Un pueblo democrático, parlamentario, es siempre más pacífico que el regido por poderes y consejos secretos. El imperialismo es necesariamente belicoso. Los reyes mismos propenden a ser los jefes del ejército y representantes de una clase y no del pueblo todo.

Una sociedad de las naciones vendriase a ser a modo de una gran república universal, de una vasta confederación democrática, con una forma acaso de concejo común. Y excluye, por su naturaleza misma, que haya al frente de ella ningún poder personal. Excluye toda forma de imperio.

Y decimos esto porque a la propuesta del presidente Wilson respondió alguna vez el Gobierno imperial de Alemania que le parecía bien y que acabada la guerra Alemania misma se pondría "a la cabeza" de ese movimiento de paz. La pretensión de ponerse "a la cabeza" de él, de la sociedad de las naciones, destruye de por sí la virtualidad de ésta. ¡No, a la cabeza, no! A la cabeza de ella ningún poder de los que en ella entren.

Y en cuanto a nuestra España sin duda que debe constituirse en defensora y propagandista de la idea de la "Sociedad de las naciones", más para ello tiene que democratizarse del todo, abominar de los tratos, contratos y tratados que hayan podido fraguar secretamente, a hurtadillas del pueblo y sin darle a éste cuenta, sus Gobiernos. Más de una vez se ha hablado de que alguna vez hubo propósitos de intervención española armada de Portugal y ello sin haberlo tratado y discutido en Cortes — lo que equivalía, prácticamente, a anular tales propósitos — y si no se acaban procedimientos tales y se le quita al soberano la facultad de declarar, por sí, la guerra, España no tendrá justificación en sumarse a la idea de la "Sociedad de las naciones".

La base de una "Sociedad de las naciones" tiene que ser el derecho de los pueblos a disponer de sus destinos y a darse los Gobiernos y soberanos que quieran, único modo de que las naciones sean patrias y no patrimonios o acaso hipotecas de tenedores de la Deuda pública o campos de explotación de una clase social.

La "Sociedad de las naciones", si llega a cuajar, será una gran república universal y civil, en que todos los intereses comunes sean tratados y discutidos públicamente, y no un Imperio en que se tomen acuerdos de razón secreta — la infame razón de Estado — y sean apoyados por una fuerza armada imperial.

Tal es lo que nos ocurre contestar a la encuesta que no encuesta — que se nos dirige.

DE ADOLFO POSADA

Catedrático de Derecho Municipal de la Universidad Central y Jefe de Sección en el Instituto de Reformas Sociales.

Ante todo ¿qué se quiere significar con esa frase "Sociedad de las naciones"? ¿Una Liga?... cosa frágil, endeble, una liga; ¿una "Entente" entre Gobiernos?: por lo menos tan endeble como la Liga. ¿Una Unión internacional, una Confederación de Estados independientes... soberanos antes de unirse, y celosos de su soberanía condicionada, después? ¿Qué hormiguero de conflictos!... Toda fórmula de organización futura, que suponga una simple yuxtaposición de Estados, mantenida por un poder exterior, órgano de coacción, no habrá cambiado sino las apariencias de la paz armada y continuará manteniendo la ideología inspiradora de la concepción mecánica de la actual política internacional.

Y la política no es física, sino ética, o mejor y más exacto: mientras la política se practique como pura física y como juego de potencias soberanas, la guerra será una fatalidad necesaria, o, cuando menos, una posibilidad que dominará la vida de los pueblos, envenenándola. La "Sociedad de las naciones" será sólo una bella frase o un expediente engañoso, mientras sus supuestos sean Estados que se tienen por tales, sólo en tanto que son potencias soberanas. Una de las ideas que se iba aclarando antes de la guerra es la de que el Estado con poder soberano, en la vida interior es la arbitrariedad si no se sabe convertir aquel poder en órgano del derecho y si él mismo no es capaz de refrenarse con el derecho.

Pero esa idea entraba con gran dificultad en la vida internacional; ¿cómo someter a leyes a un derecho superior a Estados independientes, soberanos? ¿cómo contener al fuerte frente al menos fuerte? En el régimen de los Estados rige demasiado el principio del hombre lobo para el hombre; la vida de los pueblos unos frente a otros, no obstante los congresos o conferencias de la paz, era y es una vida desarrollada harto fuera del orden ético, en el brutal orden físico de oposiciones y de equilibrios de fuerzas.

Si la "Sociedad de las naciones" ha de ser, mucho tiene que cambiar la ideología del Estado. Es posible formular las condiciones externas de esa Sociedad e imaginar lo que se quisiera conseguir con ella. El presidente Wilson, en su mensaje famoso de enero último al Congreso americano, entre las exigencias para pactar la paz, bosqueja maravillosamente algunos de los rasgos éticos del régimen deseable y no pocos de